

Preparar “odres nuevos”

Proceso de transformación en la Vida Consagrada

Aquilino Bocos Merino, cmf

“La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del ‘siempre se ha hecho así’. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades” (EG 33).

Avanzamos, —también en la vida consagrada—, cuando sabemos hacia dónde vamos, mantenemos firmes nuestras convicciones y nos implicamos responsablemente en los procesos de crecimiento y transformación personal, comunitaria y estructural.

He abordado el tema del discernimiento en los procesos de transformación en los ámbitos personal y comunitario. Dedicaré esta reflexión a los procesos de *transformación estructural*. En estos procesos nos fascinan las transformaciones vistosas y apreciamos menos las silenciosas, esas que nos llegan sin ruido, sin espectáculo, y cambian nuestro modo de percibir, de pensar y de actuar. Tienen sabor a evangelio como el de la levadura en la masa (cf. Lc 13, 20-21) o el germinar de la semilla (cf. Mc 4, 26-27). Dios se esconde en lo pequeño para transformar lo grande.

¿No es maravilloso el misterio del Verbo hecho carne, que pasó por este mundo como uno de tantos y nos ha hecho participar de su misterio pascual, dando nueva vida al mundo?

Situados en esta perspectiva evangélica, sabemos que el agente principal del cambio transformador es el Espíritu, que es quien alienta a quienes llama y envía, quien enseña y fortalece a sus elegidos para edificar el Reino. Lo que está en juego no es la cantidad sino la calidad de vida consagrada y en esta línea hay que afrontar los procesos de transformación estructural.

EL PUNTO EN EL QUE NOS ENCONTRAMOS EN LOS PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN

Inicios y fundamentos

Hablamos de transformación estructural a raíz del Concilio Vaticano II. Los criterios de renovación ofrecidos cambiaron nuestro modo de pensar, de vivir y de servir en la Iglesia. Las Constituciones, los Directorios y Reglamentos, los proyectos de renovación en la espiritualidad, en la formación, en el apostolado, en el gobierno y en la economía fueron elaborados con una nueva mentalidad. Se iniciaba un proceso de renovación que ha seguido durante 50 años y seguirá muchos más. Luces y sombras han acompañado nuestro caminar. Más luces que sombras.

Esta parte estructural, que es básica, la dimos por concluida, al menos en gran parte, en los primeros 25 años. En los siguientes hemos fijado más la atención en la reorganización de los institutos, aunque, por lo general, no ha pasado de reconfiguración. La iniciativa no era del todo nueva, pues el mismo Concilio Vaticano II aludió a la conservación, acomodación y abandono de las obras propias (cf. PC, 20) y a la unión de institutos y fusión de monasterios (cf. PC 21). En 1994 la CIVCSVA publicó *“La vida fraterna de comunidad”* y en este documento se habla abiertamente de la reorganización de las obras con criterios y perspectivas creativas. Recoge este parecer la exhortación postsinodal *Vita consecrata* (n. 63). Sobre estos textos del Magisterio se han apoyado los procesos de revisión de presencias, obras y servicios y la reorganización de Provincias.

En 2014 la CIVCSVA ofreció esta indicación:

“Es necesario, pues, que cada Instituto de Vida Consagrada y Sociedad de Vida Apostólica: defina qué obras y actividades llevar adelante, cuáles eliminar o modificar y en qué nuevas fronteras iniciar recorridos de desarrollo y de testimonio de la misión en respuesta a las necesidades de hoy y en total fidelidad a su carisma”.

Cuando los institutos se embarcaron en los procesos de reorganización hicieron un esfuerzo por purificar las motivaciones y discernir el camino a seguir desde estos dos principios: 1) cualificar la vida evangélica según el propio carisma y 2) potenciar la misión

evangelizadora de la Iglesia.

Había una clara conciencia de la centralidad de la misión. Contra quienes pensaban que se trataba de “pura cirugía estética”, la verdad es que, aunque hubiéramos tenido llenos los centros de formación y las comunidades estuvieran rebosantes de personal, era obligada la reorganización por urgencias de evangelización. Surgían preguntas como estas:

- ***¿estamos donde ya sobramos?***
- ***¿Estamos donde deberíamos estar?***

No oculto que el apremio a la reorganización ha adquirido fuerza por la disminución de personal (fallecimientos y salidas), la carencia de vocaciones y el envejecimiento.

Formas y alcance de la reorganización hecha

Fijo la atención en las estructuras organizativas de los institutos: presencias, obras y servicios. Las *presencias* son las comunidades, que están agrupadas en delegaciones o provincias. Las *obras* son las instituciones educativas, sanitarias, parroquiales, obras sociales... que dirigen las comunidades o provincias y los *servicios* son las actividades que dentro de las instituciones, sean propias o ajenas, realizan las personas.

Los procesos de revisión estructural surgieron como expresión de una vida consagrada que quería renovarse. Tuvieron sus sueños de universalidad evangelizadora y estaban dotados de proyectos de intensa fraternidad carismática. Iniciaron desplazamientos e hicieron los obligados ajustes entre posibilidades y necesidades.

La revisión o reestructuración de organismos mayores, sean delegaciones, distritos, provincias, engloba la transformación de las citadas estructuras menores: presencias, obras y servicios.

En institutos no muy numerosos se ha optado por el gobierno único delegando funciones en las distintas áreas (animación, formación, apostolado, economía) por zonas o continentes. Ha sido un proceso de concentración de funciones, tratando de evitar el centralismo. Otros institutos, más bien numerosos, han redimensionado los límites geográficos de sus organismos mayores haciendo de varios uno o confederando varios de ellos.

En este empeño de reorganización, tanto los institutos pequeños como los grandes, se han visto obligados a ajustar las obras según las personas con las que se puede contar. El envejecimiento del personal y la carencia de ingresos pedían aligerar o suprimir estructuras de servicio (como colegios, clínicas, parroquias...) y han buscado nuevos modos de proceder en formación, gobierno y economía. Pero no todo ha sido negativo. La urgencia misionera ha llevado a abrir nuevas presencias evangelizadoras en otros territorios, inculturando en ellos el carisma fundacional.

No ha habido una pauta fija. Los modelos seguidos han sido variados. La tipología de los institutos, la historia de las circunscripciones, las áreas geográficas y las idiosincrasias han sido factores influyentes. Cada instituto ha hecho su análisis de la propia realidad, ha examinado las exigencias carismáticas y ha intentado fijar sus prioridades. Como consecuencia se han creado nuevas fundaciones, unificado servicios, traspasado obras, suprimido comunidades y reconvertido la gestión económica.

Aciertos, obstáculos y bloqueos

En reuniones de religiosos y religiosas es bastante común la pregunta ¿qué tal os va en el proceso? Aunque ha habido algún intercambio sobre el tema, no se dispone de estudios evaluativos sobre estos procesos de reorganización. Llevan poco tiempo y siguen su curso. A título personal, desde la experiencia adquirida en el contacto con institutos masculinos y femeninos, percibo algunos aciertos, obstáculos y bloqueos que nos pueden hacer pensar.

Está siendo *un acierto* iniciar y acompañar este proceso como camino de espiritualidad en el que se da suma importancia al enraizamiento carismático y al compromiso misionero. Quienes han puesto en el centro del proyecto la misión evangelizadora han experimentado un proceso de liberación y de generosa entrega.

Como también está resultando positiva la implicación de todos los miembros afectados en el discernimiento y en las distintas decisiones. Todos se sienten protagonistas en el proyecto iniciado para vivir según el propio carisma y relanzar el servicio a los más necesitados.

Un tercer aspecto favorable ha sido el empeño por la armonía de edades, culturas, procedencias, sensibilidades, trabajos. Quienes se han marcado como objetivo vivir el Evangelio en comunidad y ofrecer el testimonio de la alegría, han aceptado y han sabido integrar las inevitables diferencias cuidando con especial esmero la formación y las relaciones interpersonales.

Los **obstáculos** que más se suelen aducir son la no aceptación del cambio, la alergia de lo diverso y la defensa de los propios intereses, llámense lazos afectivos a las casas, a las personas, a las actividades. Se idolatran demasiado los espacios, los edificios, las posiciones sociales, las vinculaciones personales (familia, sociedad, Iglesia). Cuando no hay despojo y vaciamiento de los puestos ocupados, de las compensaciones adquiridas, de las costumbres practicadas, surgen las resistencias. Y, así, se obstaculiza y hace inviable la nueva organización.

Padecen **bloqueos** quienes no acaban de ver hacia dónde se va. Les puede la perplejidad ante los cambios introducidos y la forma de hacerlos; ante la oportunidad del momento y la elección de medios y preparación de las personas. Han desconectado de la inspiración y vigor carismático inicial. También se bloquean quienes tienen miedo al futuro. Prefieren dejar las cosas como están. No hay energía para el riesgo.

Hay quienes se hallan insatisfechos y con tensiones internas porque idealizaron el proceso o lo iniciaron desde una óptica meramente organizativa. Pensaron que todo era cuestión de trazar mapas, seleccionar obras, distribuir personas, ajustar instituciones, y no cayeron en la cuenta de que, olvidándose de las raíces carismáticas, no había nueva vida. Otros, no respetaron los ritmos de crecimiento en lo personal y comunitario y crearon desajustes.

No debe extrañar que en estos procesos se mezclen entre los elementos humanos las filias y las fobias, las sospechas y los aferramientos. Es lento el encaje del otro y de lo diferente. La cura de las pretensiones no satisfechas tarda en cicatrizar. Lo importante es la parábola que se va describiendo en la renovación de las mentes y de los corazones. Es normal que, por un tiempo, se siga discutiendo de límites geográficos, de pertenencias a territorios (locales, nacionales o continentales), de situaciones económicas, de costumbres locales, de detalles en los estilos de formación y de gobierno. Lo que determina el éxito es el generoso apoyo en la construcción de una "nueva comunidad" que anuncia el Evangelio de la alegría.

Algo más profundo en lo que fijar la atención

Puede resultar extraño que, hablando de los procesos de transformación estructural, pida fijar la atención en el contexto cultural en el que nos hallamos. Pero es que esta crisis corroe los tres grandes pilares de toda estructura: la unidad del todo, las relaciones de las partes entre sí y el dinamismo creador. Con palabras más cercanas a nuestro lenguaje afecta a la identidad, la pertenencia y la disponibilidad.

Vivimos en una cultura del encuentro, del diálogo, de la solidaridad. Pero, a la vez, sufrimos una gran “crisis del sujeto” porque es común encontrarse con personas literalmente “desfondadas”. Muchos hermanos y hermanas nuestros experimentan un fuerte desarraigo de la gratuidad y padecen una penosa disgregación en lo que hacen y por lo que lo hacen. Es preciso estar atentos a la *discontinuidad* y al *desvanecimiento de las certezas*.

Gilfés Lipovetsky hace años habló de la *era del vacío*, luego del *imperio de lo efímero* y ahora de *la ligereza*; Daniel Innearity nos describió *La sociedad invisible* y no hace mucho hablaba de *Un mundo de todos y de nadie* Zyunt Bauman nos ha llenado de libros sobre la sociedad, la vida, la cultura, el arte y el amor líquidos; Byung-Chui Han nos ha alertado sobre *La sociedad del cansando*, de la aceleración y disgregación en el tiempo. Manuel Cruz ha escrito hace poco: *Ser sin tiempo* y acaba de publicar *La flecha (sin rumbo) sobre el futuro*.

Estamos pasando: de lo real a lo virtual (de la acción al teclado); del objeto al sujeto; de lo sólido a lo fluido; de la lentitud a la ligereza, de lo público a lo privado, de la seguridad al miedo (terror); de la desinformación a la saturación informativa; del ciudadano al consumidor...

Todo este ambiente hace perder pie y girar sin norte fijo. Se palpa en el mal uso del tiempo, que deriva en ansiedad y desencanto. Las relaciones se han empobrecido. Las personas “descentradas” no apoyan procesos de crecimiento y transformación estructural. Les produce indiferencia, desasosiego u oposición.

Gracias a Dios, la mayoría de los religiosos apuestan por la renovación, por un “vino nuevo” cosechado ya desde una nueva forma de ver y de comprometerse con el anuncio del Evangelio y piden “odres nuevos” para conservar y difundir la alegría.

Los “odres nuevos” deseados y buscados son corazones nuevos, comunidades nuevas, relaciones nuevas, organizaciones nuevas, estilos nuevos de formar, de gobernar y de gestionar, obras y servicios nuevos para testimoniar entre las nuevas pobrezas. La novedad está sellada por la presencia y el dinamismo del Espíritu.

EI KAIRÓS DE LA REFORMA. REACTIVAR MOTIVACIONES

Nuevo escenario eclesial y de vida consagrada

La celebración de los 50 años del postconcilio ha permitido hacer un recuento de las luces y sombras de la renovación. La llegada al pontificado del papa Francisco ha ofrecido un nuevo aire fresco a la Iglesia y al mundo entero. Su liderazgo es universalmente reconocido. Con él hemos celebrado el Año de la Vida Consagrada y el Año de la Misericordia. Su magisterio está siendo iluminador y estímulo para anunciar el Evangelio de la alegría. El papa Francisco es el papa de *la elegancia*. Nos invita a discernir y a elegir con agradecimiento, sencillez y responsabilidad, que eso es *elegancia*.

Jorge Bergoglio, siendo provincial de los Jesuitas y luego como arzobispo cardenal de Buenos Aires, habló con insistencia de los *procesos*. Como Papa, ha insistido en los procesos y da su razón: “Dolorosamente sabemos que un cambio de estructuras que no viene acompañado de una sincera conversión de las actitudes y del corazón termina a la larga o a la corta por burocratizarse, corromperse y sucumbir. Hay que cambiar el corazón. Por eso me gusta tanto la imagen del proceso, los procesos, donde la pasión por sembrar, por regar serenamente lo que otros verán florecer, reemplaza la ansiedad por ocupar todos los espacios de poder disponibles y ver resultados inmediatos. La opción es por generar procesos y no por ocupar espacios”.

En su magisterio más sobresaliente este proceso se llama *reforma* de la Iglesia en la que quiere involucrar a todos sus miembros desde la conversión pastoral (*Evangelii Gaudium*) y ecológica (*Laudato, Si*). Los institutos religiosos tienen una oportunidad para repensar y reactivar sus relaciones con Dios, con la creación, con la Iglesia y con los hermanos o hermanas de congregación. Y todos estamos invitados a involucrarnos en

esta reforma. Los procesos de reorganización y reestructuración de los institutos hay que leerlos en el momento especial (*kairós*) que vive la Iglesia. Los religiosos hemos de adentrarnos en la reforma propiciada y sostenida por el papa Francisco. Hemos de recorrer caminos nuevos con mente y corazón nuevos, que hayan trascendido la *autorreferencialidad* y la *conciencia aislada*. Quiere que hagamos operativa la expresión del Señor: “Hay más dicha en dar que en recibir” (Hch 20,35). Estamos llamados a dar lo que somos y a manifestar lo que llevamos en nuestro interior.

La reforma de la Iglesia

La llegada al Pontificado del cardenal Bergoglio se sitúa en un momento de discernimiento sobre la recepción del Concilio. Recuerda que *Ecclesia est semper reformanda*. Lo que significa para él identificación con Cristo, dejarse guiar por el Espíritu y, por lo mismo, conversión permanente de las personas, de las comunidades y de la Iglesia entera, urgida a anunciar el Evangelio de la alegría. Tiene clara la vía a seguir: “*caminar juntos*” (sinodalidad) y una categoría-praxis medular usada en Aparecida: la “*conversión pastoral*”. En la exhortación EG muestra, con carácter programático, su compromiso de emprender la reforma de la Iglesia basada en la conversión pastoral y misionera, que no pueden dejar las cosas como están, y pidiendo constituirnos en todas las regiones de la tierra “en estado permanente de misión” (EG 25). Las perspectivas eclesiales son más amplias —no autorreferenciales— y las relaciones que se establecen son más comprometidas porque están ligadas por el Espíritu que cohesiona los miembros del Cuerpo de Cristo.

Para comprender el alcance de la reforma que pide y promueve el Papa, repasemos estos dos textos: “El Concilio Vaticano II presentó la conversión eclesial como la apertura a una permanente reforma de sí por fidelidad a Jesucristo: “*Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación [...] Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad*” (UR, 6). *Hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador; igualmente las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. Sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin ‘fidelidad de la Iglesia a la propia vocación’, cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo*” (EG 26).

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial” (EG 27).

La reforma de la Iglesia es un proceso espiritual y misionero. Tiene como agente primordial el Espíritu Santo y la misión está en el centro. El primer requisito esencial es la “salida de sí” movida por la caridad efectiva con el prójimo (cf. EG 179). “La salida misionera es el paradigma de toda la obra de la Iglesia” (EG 15). La alegría del Evangelio «siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí» (EG 21). Y luego dirá: “Salir de sí mismos para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismos significa probar el amargo veneno de la inmanencia, con lo que la humanidad llevará las de perder en cualquier decisión egoísta que tomemos” (EG 87).

Llamadas a los consagrados

Todo lo que el Papa habla de la reforma de la Iglesia nos afecta porque somos miembros del Pueblo de Dios. Unas veces directamente el Papa y otras la CIVCSVA han insistido en nuestra condición profética y nuestra misión específica. “Espero de vosotros -dice el Papa- gestos concretos de acogida a los refugiados, de cercanía a los pobres, de creatividad en la catequesis, en el anuncio del Evangelio, en la iniciación a la vida de oración. Por tanto, espero que se aligeren las estructuras, se reutilicen las grandes casas en favor de obras más acordes a las necesidades actuales de evangelización y de caridad, se adapten las obras a las nuevas necesidades”. La CIVCSVA nos invita al despojo y a vivir en libertad, superando el miedo a perder tranquilidad y aquellas seguridades que dan las estructuras. Se nos urge particularmente al discernimiento y al coraje ante las nuevas decisiones. Ahí está la carta *Escrutad*.

Dos textos del Papa de especial interés son; el discurso a la Plenaria de la CIVCSVA (27-XI-2014) y la homilía el 2 de febrero del 2017. Sus palabras nos hacen pensar sobre los principios, criterios y actitudes con los que iniciar o reemprender los procesos de reestructuración; dónde se originan y con qué horizontes se afrontan.

Insisto en que los procesos de transformación estructural no son solo las delimitaciones geográficas, la reorganización de presencias y servicios, las obras en las que realizamos el apostolado, sino que afectan a la forma de pensar, sentir y actuar.

Somos frecuentemente esclavos de los espacios que ocupamos, pero es mayor la esclavitud de los afectos y las pertenencias que nos impiden vivir con libertad interior, estar disponibles, construir comunidad evangelizadora.

PARA INICIAR O REANUDAR PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN ESTRUCTURAL

El nuestro, es tiempo de renacer, de florecer y de generar esperanza. Hay alternativas a la indiferencia, al desencanto, al desgaste. Basta con implicarse en procesos que recreen nuestras pertenencias y agilicen nuestra disponibilidad para el anuncio del Evangelio del Reino. El caudal conseguido en la renovación de nuestros institutos quiere brotar y fructificar, pero hay que resituarse en las adecuadas coordenadas y evitar cuantos obstáculos lo impiden.

Al llegar a este punto, es bueno retener lo dicho sobre la *transformación* como “dinamismo de una estructura que da de sí otras estructuras”. Porque no es que los institutos partan de cero, sino que es la propia gracia carismática la que hace posible la coexistencia, la convocación, la concreencia, la convivencia y el compromiso evangelizador. Por eso, hay que remitir a las raíces de todas nuestras estructuras que se hallan sedientas de su sabia. Es decir, de la palabra de vida y del amor que no se apaga.

Obligadas referencias

Señalo estas cuatro que se hallan conexionadas y se interrelacionan

en los procesos de transformación estructural en la vida consagrada. Afectan a la totalidad de nuestra entrega, de lo que somos, de lo que tenemos, de cómo y dónde vivimos, de lo que hacemos y proyectamos. Son como cuatro pilares sobre los que se construyen, los *odres nuevos* de la espiritualidad, del apostolado, de la formación, del gobierno y de la economía.

Consagración-misión: Nos indica el origen, la experiencia de gracia y la trayectoria hasta el fin. Comporta vivir con Jesús y hacer el bien; ser discípulos que escuchan y hacen discípulos; ser testigos y contagiar alegría. Nuestro proyecto de vida consagrada (en pobreza, castidad y obediencia) pide *totalidad, exclusividad y disponibilidad*. Misión y visión van unidas y se requieren mutuamente. La misión lleva dentro fuerza para ver, para creer, para amar y para esperar, pero solo se vive la misión con pasión si se mantiene encendido el amor primero, si hay mística contemplativa. En la consagración-misión forman una cruz el espacio y el tiempo y en el encuentro está la responsabilidad de la persona y de la comunidad. La misión se realiza en comunión y pide hacer efectiva la misión compartida con otras vocaciones en la Iglesia.

La referencia a la misión hace tomar en consideración a las tres siguientes: al espacio, al tiempo y a la caridad. Dice Jesús: *“Id a todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación”* (Mc 16,15) *“Id y haced discípulos a todas las gentes”* (Mt 28,19). Nuestra misión se realiza en un dilatado universo sin límites cuantificados y lo nuestro es dejar una nota de calidad: la presencia de Jesús, Hijo del Padre y enviado por el Espíritu para salvar este mundo. ¡Qué lástima que pongamos en nuestros procesos tanto énfasis en la *cantidad* y tan poco en la *calidad*!

El espacio. Habitamos espacios y lugares. *“Como el Padre me envió, os envío yo también”* (Jn 20,21), principio de encarnación. Pero nuestra condición es *“estar en el mundo”* (Jn 17,11) *“sin ser del mundo”* (Jn 17,14). El espacio interroga nuestro radicalismo evangélico y evangelizados *“el que quiera servirme, que me siga, y allí donde yo esté, estará también mi servidor”* (Jn 12,26). En los procesos de transformación estructural hay que pasar del no-lugar a la morada. Ser conscientes de los espacios que transitamos y ocupamos (mundo, nación, ciudad, hogar), los espacios acotados que reservamos y los espacios que abrimos (las nuevas presencias para visibilizar y hacer crecer el Reino). Se nos pide revisar los espacios que idolatramos y que congelan el cambio y toda transformación. Valorar el espacio como lugar de encuentro y de reconciliación, de compartir y armonizar diferencias, de celebrar y de alabar. Saber conjugar

cercanía y distancia; globalización y localización, y acertar a responder: ¿cuál es mi puesto? Hemos de saber transitar con imaginación creativa y responsabilidad misionera los espacios virtuales. Ser dueños de nuestro conectar y desconectar. Desde la proximidad, esforzarse por acompañar las migraciones y a quienes deambulan sin horizonte.

El tiempo. En los procesos se nos pide pasar del *cronos* al *kairós*, de lo cuantitativo a lo cualitativo; situarnos en el tiempo oportuno en el que se revela el misterio de la vida. Somos caminantes y en el camino Dios nos sale al encuentro. Jesús nos enseña a vivir el momento presente como su “hora” (Jn 12,20 y ss). Todo tiene su tiempo y sazón: sembrar, esperar y cosechar. Recorremos etapas apuntando nuevas metas; establecemos contactos y hacemos comunidad; luchamos contra el olvido y transmitimos sentido y valores para el futuro. El tiempo se nos da para vivir y crecer en plenitud. La historia, en la que estamos inmersos y de la que somos agentes, hace que nos preguntemos por el pasado y verifiquemos si guardamos memoria de lo que se nos ha entregado o simplemente estamos anclados; por el presente y discernamos si nos hallamos comprometidos; por el futuro y mostremos con qué utopía y esperanza vivimos. Se nos urge a vivir con intensidad el instante como “el único contacto entre las infinitas posibilidades del amor divino y la experiencia mudable y progresiva de lo humano en nosotros. El instante es el barro donde se moldea y descubre la vida. Es el frágil puente de cuerda que une el tiempo a la promesa”.

Las relaciones personales. Dos iconos de inspiración: las relaciones trinitarias y la comunidad primitiva. Los dos dan base firme a la eclesiología de comunión y a la sinodalidad. Salir del yo e ir al nosotros, de la simple relación al compartir, de la autorreferencialidad a la trascendencia. Fomentar la búsqueda, el sentido, el encuentro, la empatía y no entorpecer el diálogo. Es signo de madurez tomar distancia y mantener la comunión. Que fluyan las preguntas y las respuestas. Que se favorezca el discernimiento y se mantenga la solidaridad. Ser libres y responsables en las conexiones y desconexiones, en los encuentros y desencuentros. Pasar de los conflictos a la reconciliación. Integrar las diferencias de todo tipo; edad, procedencia, cultura, preparación, límites y debilidades. Hacer resplandecer la madurez, la sencillez y la simplicidad evangélicas en los afectos, vivencias y pasiones. ¡Cuántos procesos se truncan por inmadurez en las relaciones humanas, por no controlar las filias y fobias, por mantener la sospecha como defensa...!

Estas cuatro referencias hacen que los procesos de transformación

sean regenerativos, adquieran vigencia, sean fecundos y mantengan viva la esperanza. Para ello es preciso iniciar o volver a retomar el influjo que tienen en los procesos. Propongo los puntos siguientes.

Volver al centro, a lo esencial, a la misión

La fuerza motora de los procesos es el carisma y la misión de cada instituto. Volver al centro es volver al absoluto de Dios en nuestra vida consagrada. Es volver al tesoro escondido por el que hemos sido capaces de venderlo todo y seguir confiadamente a Jesucristo. Es actuar la conversión pastoral, es decir: escuchando lo que el Espíritu nos dice a todos aquí y ahora, discerniendo los signos de los tiempos, anunciando con valentía a Jesucristo vivo entre los hombres, siendo servidores de los más pobres y desvalidos, promoviendo la comunión e inculturando el carisma. Todo esto requiere sagacidad, audacia y métodos creativos para no perdernos en los medios y lograr nuestro fin: anunciar con la vida y con las obras el Reino de Dios.

Volver al centro es volver al *sentido* del por qué y para qué cambiamos las estructuras que inspiran y guían nuestra vida y misión y por qué nos reorganizamos de nueva manera.

En estos procesos, no son modelos los que hay que imitar, sino que son valores los que hay que revivir. Son caminos los que hay que recorrer hacia el interior escuchando y meditando la Palabra de Dios y discerniendo los signos de los tiempos. Estamos demasiado pendientes de otras palabras que nos llenen la boca y de ideas que alimenten nuestras ansias de supervivencia. Pero no son estas palabras ni estas ideas las que nos renuevan. Confrontemos nuestra vida con la Palabra hecha carne, con Jesús que pasó por este mundo como uno de tantos (cf. Fil 2,7), como el hombre de las bienaventuranzas (Mt 5, 3-10) y de las prácticas necesarias para entrar en el Reino (Mt 25,31-46). Y “si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EG 49). En definitiva, volver al centro es volver a la misión, que es la que da la razón de nuestro ser y quehacer en la Iglesia y en el mundo. Somos buscadores y testigos de lo esencial, que es lo único necesario: el Reino de Dios.

¿No estamos cambiando nuestro tesoro, nuestra herencia, por fraseología, por afanes de poder, por afectos, por ganancias económicas,

por cómodos espacios, por cuotas de prestigio? Mientras esto sea así, nada se puede tocar.

Activar el código genético de los institutos

La vuelta a los orígenes del instituto, que es algo más que conocer cómo se formó la primera comunidad y cómo se comprometieron a orar, a vivir juntos y a trabajar por el Evangelio. La vuelta a los orígenes es situarse en la experiencia del Espíritu de los fundadores que nos marcaron un camino seguro de espiritualidad y de entrega a la misión de la Iglesia. Es acercarse al corazón de los fundadores y escuchar los latidos que les impulsaron a iniciar este estilo de vida y apostolado. Esos latidos siguen estando vivos en el corazón de las distintas generaciones. Quien no se acerca no percibe ni sintoniza con Jesús ni con el pobre.

Es un ejercicio de enraizamiento que lleva a arraigarse en la comunidad donde vivió sus primeras experiencias y comenzó a amar el credo (Constituciones), la historia, los símbolos y las personas.

De nuevo la voz del papa Francisco:

“Para mí, la gran revolución es ir a las raíces, reconocerlas y ver lo que esas raíces tienen que decir al día de hoy”. “Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre «nueva»” (EG 11).

Reactivar el código genético de los institutos es lo que ya están haciendo algunos de ellos de forma diversa, pero con bastante coincidencia en la pretensión. En clima de oración, de estudio, discernimiento y de reflexión compartida descubrir el itinerario espiritual del fundador o fundadora, apreciar las aspiraciones más profundas de su identificación con Cristo que cumple la voluntad del Padre, señalar las claves de su visión y actuación, destacar su eclesialidad y su compasión o empatía con las pobrezas que experimentaba. Cuenta mucho volver al primer encuentro con el fundador y la comunidad, revivir la disponibilidad total con que se profesó y dejarse acompañar.

El código genético congregacional nos sensibiliza con las perentorias necesidades de nuestro mundo. Nos insta a mirar al futuro con visión pro-

fética y empeño transformador del mundo según el designio de Dios. Pide que entremos en procesos de búsqueda, discernimiento, compasión y evaluación. Estos procesos parten de una misma convocación, comunión y compromiso evangelizador y, por eso, son participativos, inclusivos, integra- dores y proyectivos. Exigen enraizamiento, interrelación y relanzamiento. No podemos dejar las cosas como están como si las necesidades de los demás no fueran algo que nos afecta.

Es posible que, en algunas partes, haya que aligerar estructuras físicas, pero esto no debe ser entendido como signo de muerte, sino expresión de haber redescubierto la vida y querer darle calidad y fecundidad. Nuestras estructuras, todas, están al servicio del amor.

Es hora de priorizar

Priorizar es poner delante un valor superior e intentar vivirlo. Nuestra estimativa —que no es simple entender o razonar— saborea y establece una jerarquía de valores. La vida social, la vida cristiana, la vida consagrada, tiene una cultura de preferencias, de prioridades. Los héroes, los sabios, los santos, nuestros fundadores, se propusieron metas superiores. Sus aspiraciones eran más elevadas. Por eso no dudaban en arriesgarse y comprometerse. Quien prioriza ilumina, ensancha el horizonte y hace camino.

En el Antiguo Testamento tenemos preferencias por parte de Dios quien prioriza la atención por el pobre, por el excluido (Ver ante el hijo de Agar). Dios pide a Abrahán que priorice la voluntad de Dios sobre el gozo de la promesa. Prefiere la misericordia al sacrificio. Dios tiene predilección por lo pequeño y los pocos y pospone a quienes muestran su poderío.

Jesús, en su evangelio, inaugura y predica el Reino de Dios que tiene sus prioridades. Exige conversión, sacrificio de todo lo que se tiene, venderlo todo. Se requiere un alma pobre, un corazón de niño. Cumplir la voluntad del Padre y fidelidad en el seguimiento de Jesús. Si el grano de trigo no cae y muere, no da fruto. Si alguno quiere seguirme, que tome su cruz. Si uno ama a su padre o a su madre más que a mí, no puede ser mi discípulo. Quien ponga la mano en el arado y mire atrás, no es digno del reino de los cielos. Jesús sanando a los endemoniados, prioriza sobre el interés de los gerasenos. Dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios... María es más dichosa porque escuchó y cumplió la palabra de Dios.

Si observamos el proyecto de vida, reflejado en las Constituciones de nuestros institutos, encontraremos muchos signos de preferencia y cualificación reflejado en el seguimiento de Jesús, al hablar de cada uno de los votos, de la vida fraterna y del trabajo.

La Iglesia, siguiendo el Evangelio, marca sus preferencias y prioridades: por la evangelización, por la salida de sí, por los pobres, por los excluidos, por el diálogo, por la paz, por la justicia, por los derechos humanos, por la fraternidad universal, por una formación de calidad...

El Papa Francisco nos ha puesto a priorizar en estos cuatro puntos, que han sido extensamente comentados: 1) El tiempo es superior al espacio (EG nn. 222-225). 2) La unidad prevalece sobre el conflicto (*Ib.* 226-230). 3) La realidad es más importante que la idea (*Ib.* 232-233). 4) El todo es superior a la parte (*Ib.* 234-237).

En la cultura en que nos movemos, a pesar de que hablemos de lo *ligh*, de la ligereza, de la fluidez, de la voracidad del consumismo, de la inconsistencia, del nivelacionismo, de la irrelevancia... también se prioriza porque todos buscamos la felicidad, aunque a veces no acertemos a encontrarla.

Por eso es tan necesario abrir los ojos, priorizar y establecer escala de valores: el misterio, la vida, el amor, la misericordia, la alegría, la belleza, hacer bien, la fidelidad, el servicio...